

SITUACION GEOGRAFICA DEL LUGAR DE DON QUIJOTE

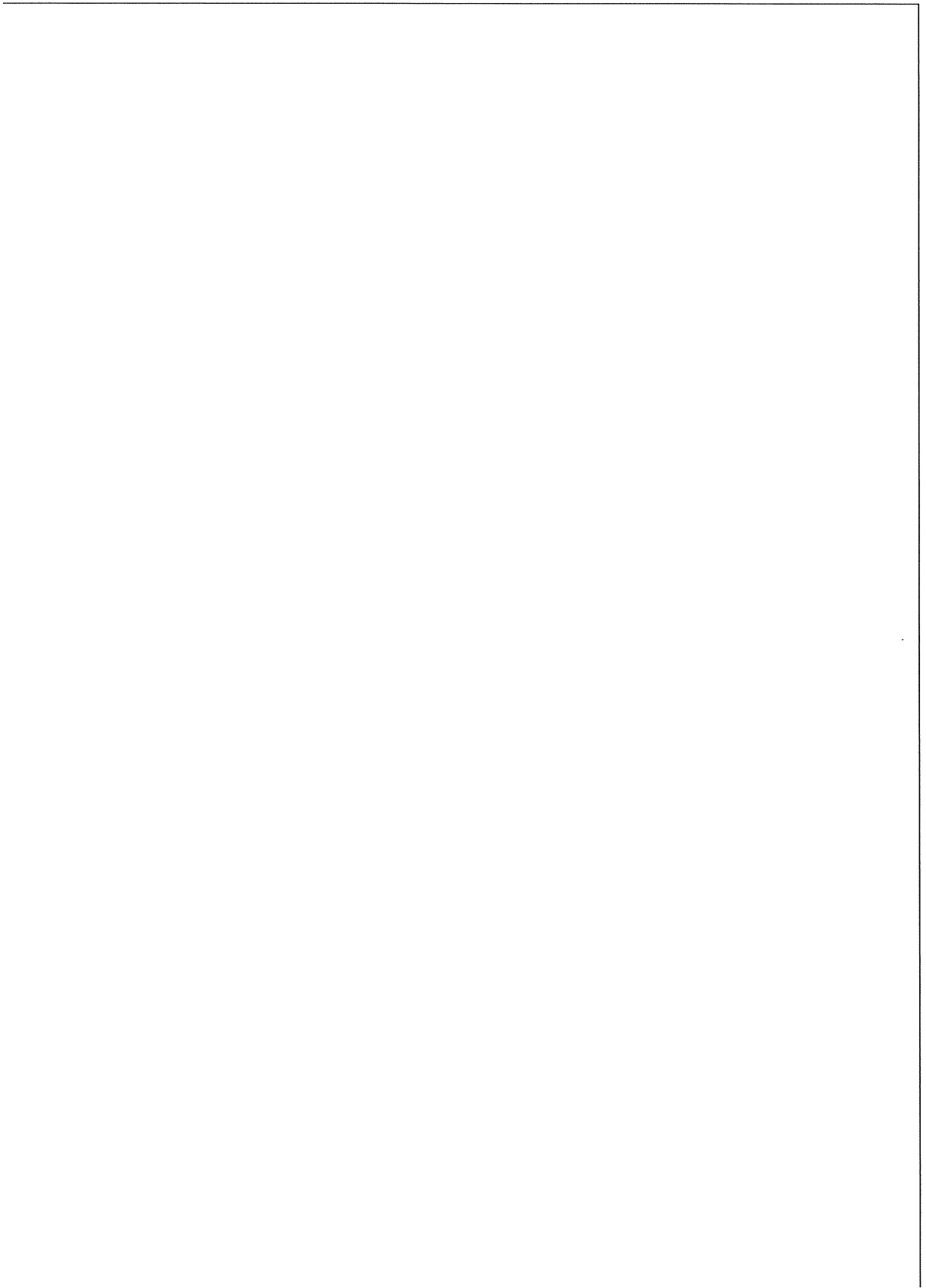
Seguramente, situar en el plano geográfico de La Mancha el lugar de don Quijote, sea la mejor forma de darle nombre.

Con una lectura normal de la obra, tomándola solo como una novela, pueden pasar inadvertidas algunas referencias claras y evidentes, que Cervantes muy intencionadamente nos deja escritas.

Es durante una lectura de estudio, cuando estas referencias aportan todos los datos que sobre caminos, tiempos, lugares, etc, el autor nos ha querido dejar, quizás algo escondidas, pero con la intención que sólo un genio de la escritura sabe hacer.

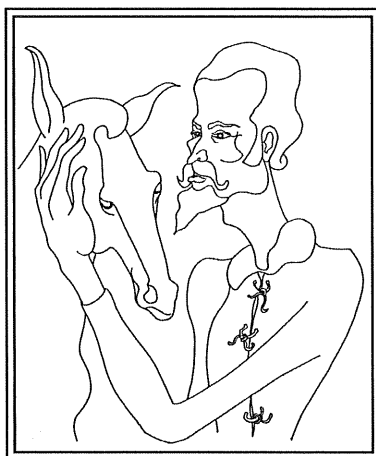
Cervantes vive entre la segunda mitad del siglo XVI y los primeros años del siglo XVII. Esa es la geografía física, política y administrativa que nos describe. Don Quijote nace, vive y muere en un lugar que poco debe de parecerse al actual, es el lugar que conoce Cervantes y desde el que le hace salir para cumplir con su sueño, que es el de ser caballero andante, por unos caminos que aunque aún hoy en día la mayoría son existentes, unían lugares y territorios, con límites y fisonomía muy distintos a los actuales.

Olvidar esto, nos llevaría posiblemente a una solución equivocada.



Rocinante

Uno de los caballos más famosos que han existido, reales o de ficción, es Rocinante. Cervantes, ya desde el principio de la obra le da la importancia de personaje en ella. Don Quijote, el Caballero de la Triste Figura, como su escudero Sancho lo describió y dió nombre, no podía ir a lomos de un simple caballo en sus aventuras, tenía que ser un caballo especial acorde con su amo, y Cervantes lo pone sobre un caballo único en su raza, Rocinante.



En los versos anteriores al primer capítulo, en unas décimas “de cabo roto”, en las que se suprime la última sílaba, queda incluso emparentado con otro caballo inmortal, Babieca:

*“Soy Rocinante el famo
Bisnieto del gran Babie
Por pecados de flaque
Fui a poder de un don Quijo
...”*

Cervantes nos deja claro desde el principio la condición de Rocinante como montura, especialmente describiéndonos su aspecto, flaqueza y debilidad.

El aspecto de caballo flaco, nos lo detalla en varios pasajes de la obra.

En el último soneto, Babieca y Rocinante dialogan de esta manera:

B. Cómo estáis, Rocinante, tan delgado?

R. Porque nunca se come, y se trabaja.

B. Pues, que es de la cebada y de la paja?

R. No me deja mi amo ni un bocado.

También nos lo recuerda cuando don Quijote buscaba poner nombre a su caballo, aunque para él fuese inigualable:

“Fue luego a ver su rocín, y aunque tenía más cuartos que un real, y más tachas que el caballo de Gonela, que tantum pellis et ossa fuit, le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro, ni Babieca el del Cid con él se igualaban” (I P, Cap I).

Y casi al final de la segunda parte, cuando entran en su pueblo don Quijote y Sancho, a su regreso de Barcelona, y los muchachos como es lógico, se fijaban más en sus cabalgaduras que en ellos:

“... fueron luego conocidos los dos del Cura y del Bachiller, que se vinieron a ellos con los brazos abiertos. Apeóse don Quijote, y abrazólos estrechamente, y los muchachos, que son linceos no escusados, divisaron la corona del juramento, y acudieron a verle, y decían unos a otros:

Venid, muchachos, y veréis el asno de Sancho Panza más galán que Mingo, y la bestia de don Quijote más flaca hoy que el primer día.” (II P, Cap LXXIII)

Este aspecto es incluso valorado por el ventero, cuando don Quijote llega a la venta que a él le parece castillo, y le manda que tuviese mucho cuidado de su caballo:

“porque era la mejor pieza que comía pan en el mundo. Miróle el ventero, y no le pareció tan bueno como don Quijote decía, ni aun la mitad.”(I P, Cap II)

Además de caballo flaco, Cervantes nos describe a Rocinante como un caballo débil. Esta debilidad hace cambiar el signo de alguna de las aventuras que con toda valentía acomete don Quijote.

Un tropiezo de Rocinante hace caer a don Quijote, y lo que parecía un fácil triunfo contra uno de los mercaderes toledanos, pasa a convertirse en el primer molimiento a palos de nuestro hidalgo, culpando el propio don Quijote a Rocinante de su desdicha:

“Y diciendo esto, arremetió con la lanza baja, contra el que lo había dicho, con tanta furia, y enojo, que si la buena suerte no hiciera que en la mitad del camino tropezara, y cayera Rocinante, lo pasara mal el atrevido mercader. Cayó Rocinante, y fue rodando su amo una buena pieza por el campo, y queriéndose levantar, jamás pudo: tal embarazo le causaban la lanza, adarga, espuelas, y celada, con el peso de las antiguas armas. Y entretanto que pugnaba por levantarse, y no podía, estaba diciendo:

No huyáis gente cobarde, gente cautiva: atended que no por culpa mía, sino de mi caballo, estoy aquí tendido.”(I P, Cap IV).

no podía, estaua diziendo: Non fuyais gente cobarde, gente cautiua: atended que no por culpa mia, sino de mi cauallo, estoy aqui tendido. Vn moço de mulas, de

Detalle del folio 15 de la primera parte de El Quijote (1605)

En la segunda parte, durante el combate con el Caballero de los Espejos, nos vuelve a describir las cualidades de Rocinante en una comparación con el caballo de este, tan flojo como Rocinante:

“En lo que se detuvo don Quijote en que Sancho subiese en el alcornoque, tomó el de los espejos del campo lo que le pareció necesario, y creyendo, que lo mismo habría hecho don Quijote, sin esperar son de trompeta ni otra señal que los avisase, volvió las riendas a su caballo (que no era más ligero ni de mejor parecer que Rocinante) y a todo su correr (que era un mediano trote) iba a encontrar a su enemigo: pero viéndole ocupado en la subida de Sancho, detuvo las riendas, y paróse en la mitad de la carrera, de lo que el caballo quedó agradecidísimo, a causa que ya no podía moverse. Don Quijote que le pareció, que ya su enemigo venía volando, arrió las espuelas a las trashijadas hijadas de Rocinante, y le hizo agujiar de manera, que cuenta la historia que esta sola vez se conoció haber corrido algo, porque todas las demás siempre fueron trotes declarados, y con esta no vista furia llegó donde el de los espejos estaba hincando a su caballo las espuelas hasta los botones, sin que le pudiese mover un solo dedo del lugar donde había hecho estanco de su carrera. (II P, Cap XIV).

En la misma segunda parte de la obra, Cervantes nos relata el encuentro de don Quijote con don Diego de Miranda, el Caballero del Verde Gabán. Este encuentro se produce por el paso lento de Rocinante, ya que don Quijote y Sancho son alcanzados por don Diego que viajaba en la misma dirección que ellos:

“En estas razones estaban, cuando los alcanzó un hombre, que detrás dellos por el mismo camino venía sobre una muy hermosa yegua tordilla, vestido un gabán de paño fino verde, gironado de terciopelo leonado, con una montera del mismo terciopelo, el aderezo de la

yegua era de campo, y de la jineta, así mismo de morado y verde ...” (II P, Cap XVI).

No sólo es descrito por Cervantes el aspecto físico y la flojedad de Rocinante, sino que además llega a dejarnos un dato evidente de la condición de Rocinante con respecto a un caballo normal. Es al final de la segunda parte, nuevamente en batalla con Sansón Carrasco, esta vez disfrazado del Caballero de la Blanca Luna:

“Agradeció el de la blanca Luna con corteses, y discretas razones al Visorrey la licencia que se les daba, y don Quijote hizo lo mesmo, el cual, encomendándose al cielo de todo corazón, y a su Dulcinea (como tenía de costumbre al comenzar de las batallas que se le ofrecían), tornó a tomar otro poco más del campo, porque vio, que su contrario hacía lo mesmo, y sin tocar trompeta, ni otro instrumento bélico que les diese señal de arremeter, volvieron entrambos a un mesmo punto las riendas a sus caballos; y como era más ligero el de la blanca Luna, llegó a don Quijote a dos tercios andados de la carrera, y allí le encontró con tan poderosa fuerza, sin tocarle con la lanza, que la levantó, al parecer, de propósito, que dio con Rocinante, y con don Quijote por el suelo una peligrosa caída.” (II P, Cap LXIV)

Rocinante corre justo la mitad que un caballo normal, cuantificado por el propio Cervantes; de tres partes de la carrera que separaba a los dos caballeros, el caballo del de La Blanca Luna recorre dos y Rocinante sólo una.

ter, boluierō entrambos â vn mesmo punto las riendas â sus cauillos, y como era mas ligero el de la blanca Luna, llegó a don Quixote a dos tercios andados de la carrera, y allí le encontró con tan poderosa fuerça, sin tocarle cō la lança, que la leuantô, al parecer, de proposito, que

Detalle del folio 250 de la segunda parte de El Quijote (1615)

Igual que al ventero al principio, Rocinante “ *no le pareció tan bueno como don Quijote decía, ni aun la mitad*”, Sancho Panza también así lo piensa, cuando lo compara con su viejo borrico, en una conversación con el escudero del Caballero del Bosque:

“... qué escudero hay tan pobre en el mundo, a quien le falte un rocín, y un par de galgos, y una caña de pescar, con que entretenerse en su aldea?”.

A mí no me falta nada deso , respondió Sancho, verdad es que no tengo rocín: pero tengo un asno que vale dos veces más que el caballo de mi amo”.(II P, Cap XIII)

Además del interés que pone Cervantes en describir a Rocinante, como un caballo flaco y flojo, se preocupa incluso en definirnos sus cualidades como la mitad de las de otros caballos e incluso comparándolo con el viejo borrico de Sancho Panza.

También nos deja incluso el espacio recorrido en toda la mañana de una jornada de camino, desde el amanecer hasta el mediodía, tres leguas. Volviendo hacia su pueblo, don Quijote propone a Sancho pagarle por cada uno de los azotes pendientes del desencanto de Dulcinea, a lo que Sancho le pide pasar la noche en el campo para cumplir el trato, burlándose de don Quijote fingiendo los azotes:

“Pues vuestra merced, señor mío, lo quiere así, respondió Sancho, sea en buena hora, y écheme su ferreruelo sobre estas espaldas, que estoy sudando, y no querría resfriarme, que los nuevos disciplinantes corren este peligro. Hízolo así don Quijote, y quedándose en pelota abrigó a Sancho, el cual se durmió hasta que le despertó el Sol, y luego volvieron a proseguir su camino, a quien dieron fin por entonces en un lugar, que tres leguas de allí estaba: apeáronse en un mesón, que por tal le reconoció don Quijote, ...”. (II P, Cap LXXI)

A este lugar llegan poco antes de comer, donde comparten mesa y descanso en compañía de don Alvaro Tarfe.

que los nuevos diciplinantes corren este peligro . Hizolo
alsi don Quixote, y quedandose en pelora abrigô a San-
cho, el qual se durmiò hasta que le despertô el Sol , y lue-
go boluieron â proffeguir su camino, â quien dieron fin
por entonces en vn lugar, que tres leguas de alli estaua: a-
pearonfe en vn meson, que por .al le reconocio don Qui-

Detalle del folio 270 vuelta de la segunda parte de El Quijote (1615)

Hay que tener en cuenta que en las jornadas habituales a caballo o en cualquier otra labor, se solía parar a comer alrededor de la sexta hora, aprovechando para descansar en la “siesta”.

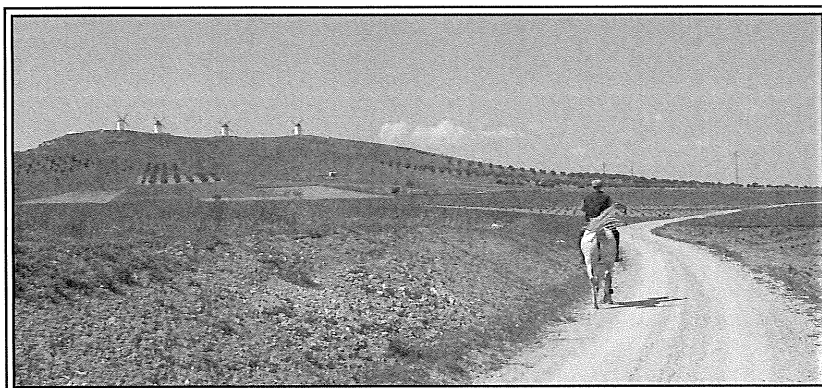
Por lo tanto don Quijote y Sancho Panza, durante la mañana, en unas seis horas, han recorrido tres leguas de camino, media legua a la hora.

Este dato evidente, contrasta nuevamente con las condiciones de paso de un caballo normal. La distancia media recorrida por un jinete a caballo al paso, es de una legua a la hora, siendo la legua de camino de la época de 6.037 m.

En publicaciones sobre viajes a caballo de aquellos años, se establece que de media, en una jornada de viaje se empleaban de ocho a diez horas y se recorrían de ocho a diez leguas, esto es aproximadamente entre 50 a 60 km.

Don José Martínez Ruiz “Azorín”, en sus viajes realizados en el año 1905 por los caminos de La Mancha, los mismos que conoció Cervantes tres siglos antes, nos describe cómo después de estar varios días en Argamasilla de Alba se dirige en carro hacia Puerto Lápice,

pasando por Villarta de San Juan, tardando diez horas en recorrer 48 km, alrededor de ocho leguas. Días después estando en Campo de Criptana, se encamina también en carro hacia El Toboso, tardando tres horas en recorrer el trayecto que separa estos dos lugares manchegos. La distancia que separa estos lugares es de aproximadamente 18 km, unas tres leguas.



Esteban y su caballo Oleo II, de vuelta a la cuadra.
Al fondo, los cerros de San Antón y sus molinos.

Con la ayuda de Esteban y su caballo de raza española Oleo II, compruebo también que estas distancias medias descritas en las publicaciones de viajes a caballo siguen siendo válidas. Sobre un camino de tierra, en una mañana de primavera, Oleo II anda en una hora 6180 m, poco más de una legua de camino.

Si la distancia media recorrida por una cabalgadura normal se establecía entre ocho y diez leguas en una jornada, las distancias recorridas por don Quijote sobre Rocinante, según lo escrito por Cervantes son la mitad, entre cuatro y cinco leguas, alrededor de 25 a 30 Km por jornada.